

CAPÍTULO IV

R O M A

Acca Larentia. Rómulo y Remo. El rapto de las sabinas

EL IDIOMA latino se ha difundido gracias a la civilización romana; el cristianismo recibió ampliación universal merced al imperio romano que, en un momento dado, llegó a dominar el mundo. El sensualismo pagano de los romanos determinó, como antítesis, el espiritualismo cristiano. El catolicismo romano debe su nombre a la "Ciudad eterna". De la civilización latina surgieron otras nuevas. Pero ni Roma ni los romanos hubieran existido sin la "gran ramera" que fue la causa de la fundación de esta ciudad. A esa ramera, que se llamó Acca Larentia, debe dársele toda importancia. Su papel en la historia de la humanidad es considerable, a pesar de que ella no fue consciente de su misión. Acca Larentia ejerció la profesión de prostituta, de la misma manera que Salomón desempeñó la profesión de rey.

Entre las rameras y cortesanas había algunas vulgares e ignorantes; otras, como Thais, eran inteligentes y refinadas. Acca Larentia formaba parte de la "clase" de las buenas mujeres; fue, pues, ella quien adoptó a Rómulo y Remo, los mellizos abandonados. Muy pocas mujeres castas y decentes hubieran sido capaces de la devoción de esta "prostituta". Se cree que la prostituta es una mujer digna de desprecio. Juicio frecuentemente absurdo, porque existieron y aún existen mujeres prostitutas que son más desinteresadas y dignas de estima que muchas "mujeres honradas". El oficio ejercitado por alguien no constituye siempre un criterio de apreciación.

Las rameras dotadas de buena alma y de gran corazón llegaron a practicar su oficio en primer lugar por causa de su "lujuria", es decir, debido al exceso sanguíneo, a su vida exuberante. Muchas mujeres son "honestas" porque son anémicas de nacimiento, carentes de pasiones. La frigidez de las mismas corresponde a la pasividad de su alma. Por el contrario, muchas muje-

res “viciosas” son generosas, capaces de amor elevado y devoción desinteresada. Este es el caso de Acca Larentia que, impulsada por su temperamento, tuvo relaciones con muchos hombres y llegó a practicar el oficio de “prostituta”.

Acca vivía en una gruta o en una choza, a orillas del Tíber, precisamente donde más tarde se elevó Roma. Antes había campos pantanosos, atravesados por pastores que conducían sus rebaños al abrigo. Cuando Acca veía algún pastor lo llamaba, profiriendo una especie de aullido parecido al de los lobos. De esta manera se le dio el apodo de “loba” (*lupa*), mientras que su choza fue denominada *lupanar*. Entre sus amantes se conservó el nombre del pastor Faustus. Ganó lo suficiente como para poder comprarse un terreno y un rebaño para asegurarse la vejez.

Un día encontró en el camino a dos niños recién nacidos. Conmovida por su abandono, los llevó a su casa; una cabra (a la que la tradición la llama Amaltea) los amamantó. Criados por la “loba”, tanto Rómulo como Remo llegaron, después de la muerte de esta “vendedora de amor”, a ser dueños de la tierra y de los rebaños. Ante los demás pastores, ellos parecían ser ricos. Cansados de cuidar constantemente los rebaños, tuvieron la idea de construirse una casa: ésta constituye el primer fundamento de Roma. Pero los dos hermanos se celaban recíprocamente. Rómulo arrojó a Remo desde el techo de la casa y de este modo quedó como único heredero de la “loba”. Los primeros “súbditos” de Rómulo fueron los fugitivos de las aldeas vecinas y las prostitutas atraídas por éstos. Nuevas chozas fueron levantadas en los alrededores de su casa. Muy pocas eran las mujeres, en comparación con los hombres refugiados en torno a Rómulo. Muchos habían huído para escapar a los castigos. El “rapto de las sabinas” ha sido determinado por la necesidad de aumentar el número de las mujeres en la nueva “ciudad eterna”. Invadiendo las aldeas, esos fugitivos llevaban a cabo luchas sangrientas y luego se repartían el botín entre sí, de acuerdo con el coraje demostrado por cada uno. Cuando los sabinos querían recobrar a las mujeres raptadas, era ya demasiado tarde: ellas tenían sentimientos afectivos hacia sus hombres, puesto que habían llegado

a ser madres. Se dejaban flagelar por ellos, creyendo que así serían fecundas y que tendrían partos livianos.

La memoria de Acca Larentia ha sido celebrada por los romanos a través de fiestas llamadas "luperciales", que duraron hasta el siglo V a. de C. Los "lobos" desnudos, con una piel de macho cabrío sobre el hombro, corrían por las calles, con una cuchilla en la mano o golpeando a la multitud con un látigo de cuero de cabra. Eran reminiscencias de la época del rapto de las sabinas.

¿Roma hubiera existido sin la "lobo"? Pero, indudablemente, los grandes romanos son sus sucesores y también de los fugitivos raptos.

Flora

En los primeros años de Roma, en la época de los reyes, una cortesana llamada Flora logra celebridad a la vez que fortuna. Es considerada como la primera ramera oficial de Roma, atribuyéndosele 23,000 "relaciones" remuneradas. Así como para una colmena de abejas es suficiente una reina, esa resistente Flora parece que ha sido suficiente para la colmena romana de su tiempo. Esto puede ser una leyenda; pero lo que es verdad, es que ella legó al pueblo romano todos sus bienes. Como recompensa, los reyes instituyeron la fiesta de las "florales", elevando a Flora al rango de diosa. Esta divinización constituye un procedimiento común a todas las religiones. Los romanos, que no creían en la "divinidad" de los dioses, siendo, como hoy se dice, positivistas o racionalistas, creaban sus dioses por espíritu de imitación, por rutina, por ignorancia o por simple "moda". He aquí por qué Flora también llegó a ser diosa. El culto a Venus no existía a la sazón. Recién en los primeros años de la república se levantó un templo en honor de la misma, siendo adorada bajo el nombre de *Venus cloacina* (por la estatuita de una mujer desnuda, encontrada en una cloaca).

La fiesta de las "florales" se celebraba en la primavera. Durante seis días, el pueblo se divertía ampliamente. Los altares, las viviendas, las calles, las plazas, los templos, las ánforas y las

copas de los festines estaban adornados de flores, hierbas y ramas. La comida y el vino no faltaban a nadie. Los juegos en el circo constituían la gran solemnidad. En la arena aparecían las cortesanas disfrazadas de diosa. Se desnudaban bajo la aclamación del pueblo. Bailaban, saltaban, luchando al ritmo de la música, siendo frenéticamente aplaudidas. Sus danzas llegaban a ser cada vez más exaltadas, más lascivas, más voluptuosas; los jóvenes se lanzaban a la arena, como si fueran fieras libertadas; se abalanzaban sobre las actrices y, después de un simulacro de lucha (en conmemoración del rapto de las sabinas), se producían escenas de prostitución pública. Los espectadores aclamaban y, finalmente, en medio del delirio general, las escenas de la arena se reproducían en los bancos de piedra. La promiscuidad era franca; ningún indicio de celo entre los cónyuges, ninguna reserva de parte de los padres ante los hijos. Cuando Catón el Censor entró una vez en el circo, cubrió su rostro con el manto; el espectáculo, interrumpido por algunos momentos, se reinició después que el austero romano fue invitado a partir. El pueblo no consintió que la fiesta de las "florales" fuera suprimida.

Generalidades acerca de la prostitución en Roma

Las cortesanas romanas no superaron a las de Grecia. Siendo los griegos más artistas y más imaginativos, no gozaban solamente de los sentidos; eran también cerebrales en sus placeres. Las mujeres no eran para ellos solamente "carne de placer", sino también motivos de belleza y de pensamiento. Safo, Aspasia, Friné tenían rivales tan hermosas y lascivas como ellas, pero supieron vencer debido a sus cualidades intelectuales. Para los romanos, quienes eran más groseros, "positivos", los dones femeninos no eran apreciados sino en la alcoba y en el comedor; en *cubiculum* y en *triclinium*. Las matronas romanas no tuvieron influencia real alguna en los negocios del Estado, tal como ocurrió con Aspasia en la política ateniense. En Grecia, las conjuraciones se preparaban entre las mujeres; en Roma, se fraguaban en ausencia de las mujeres.

Se podría hablar de alguna manera acerca de la austeridad de las costumbres imperantes en los días de la república romana, antes de la corrupción general de la época imperial. La prostitución pública era practicada en Roma por mujeres extranjeras (*peregrinae*). En las fiestas lupercales y florales, los protagonistas eran libertinos y cortesanas; pero en las saturnales y bacanales ulteriores, todos los espectadores también eran actores: la prostitución "privada" se generalizaba. En el curso de estas fiestas desaparecían las diferencias de clase; los tribunales y las escuelas estaban clausuradas; se interrumpían las hostilidades, y la pena capital no se ejecutaba entonces. Los esclavos llegaban a ser libres por algunos días. Algunos propietarios perdonaban a sus deudores o los ricos pagaban por los pobres. Desde el punto de vista sexual no existía ningún límite: los hombres andaban desnudos y se emparejaban por las calles o plazas públicas. En los jardines iluminados y en las moradas floreadas de los pudientes, las orgías de los patricios estimados por su sabiduría y de las matronas honradas se desarrollaban con un fasto que quedó legendario. Entonces también las hijas celebraban su boda con anticipación, en presencia de sus padres.

Suprimidas estas fiestas, más bien por motivos políticos que morales, fueron restablecidas más tarde. Por celebrarse las mismas solamente en ciertas fechas del año, se encontraron nuevos pretextos para satisfacer los impulsos lúbricos. Adonis y Venus fueron adorados bajo diversas denominaciones. Había una Venus casta y otra voluptuosa, una libertina, otra lasciva, otra eréctil (de los estériles e impotentes). El culto a Adonis degeneró en el culto a Príapo, cuya estatua, con el órgano masculino exagerado se encontraba en los jardines, en los caminos y casas privadas. Las cortesanas lo adoraban abiertamente. Antes de ser confiada la novia a su consorte, era cubierta con un velo y llevada por sus padres hasta el ídolo Príapo. "Las matronas romanas —dice San Agustín— consideraban como un hábito muy decente y piadoso obligar a las jóvenes novias a sentarse sobre la masculinidad monstruosa de Príapo" (*Civit. Dei*, vi, 9). Las mujeres casadas hacían el mismo ritual, para no quedar estériles y para evitar los malos hechizos. En Florencia se conserva

una antigua estatua que representa este culto a Príapo, “con un phalus inmenso y horrible”, del cual las mujeres “piadosas” o lujuriosas colgaban públicamente tantas coronas como “sacrificios” les hicieron sus amantes. Mesalina, esposa de Claudio, se declaró “invencible” después de ser asaltada por 14 vigorosos atletas; evidentemente que ella obsequió a Príapo con 14 coronas, como recuerdo de este triunfo. Pequeñas estatuas de Príapo, a veces reducidas sólo al miembro viril, eran colgadas en las alcobas con la misma “devoción” que hoy induce a muchos a colgar una imagen sagrada. Las mujeres las llevaban como joyas o amuletos, como fetiches (*fascinum*) para alejar las desdichas. Las supersticiosas adoraban también otros ídolos, dioses familiares con diferentes nombres.

Esto explica por qué no había excesivo número de rameras profesionales: la prostitución estaba “reglamentada” dentro del cuadro familiar, y la lujuria encontraba su satisfacción en las numerosas fiestas, como las indicadas anteriormente. Sin embargo, las sacerdotisas de Venus y los servidores de Príapo se contaban a millares. Las cortesanas estaban divididas en dos grandes clases: mujeres públicas y mujeres mantenidas, divididas a su vez en muchas categorías, de acuerdo con el rango social, el barrio, etc. Por ejemplo, Flavia Domitila, la esposa del emperador Vespasiano y madre de Tito, fue una cortesana de la categoría de las “delicadas”: se entregaba a los ricos, pero no rechazaba a los esclavos que pagaban bien. Mesalina formaba parte de las “famosas” cortesanas, mujeres de las clases pudientes, que se prostituían en los lupanares para aumentar las dotes de las hijas o bien para calmar los arranques apasionados.

En Roma, en las casas de prostitución o en las ricas mansiones, al lado de los esclavos había también afeminados (para satisfacción de los hombres), y eunucos más o menos castrados (para las “necesidades” de las mujeres). Su presencia era tan natural como la del médico o del masajista. Es evidente que el número de las prostitutas era mayor que el registrado: 35,000 cortesanas de todas las categorías pagaban a los ediles *licencia sturpi*, llevaban túnica corta y mitra, una especie de bonete frigio. Si Mesalina no hubiese sido emperatriz, ella, con todas sus

codicias, hubiera pasado en el anonimato, entre las innúmeras cortesanas que no fueron immortalizadas por poeta alguno. La celebridad de algunas se debe a la riqueza acumulada en el "ejercicio de su oficio". Una ramera de suburbio, llamada Teletusa, hizo fortuna solamente entre su clientela pobre. Un trabajo titánico, evitado por las demás cortesanas que hacían "negocio" con los ricos, explotadores de las provincias romanas. El famoso Lúculo pagó diariamente, durante veinte años, algunas cortesanas. El más opulento de los sultanes no tuvo tantas "favoritas" en su harén como este Lúculo, quien, teniendo mujer legítima, pasaba como monógamo. Además, muchos de los cristianos de nuestros días son monógamos de derecho y polígamos de hecho, de la misma manera que tantas señoras respetables son, igual que las matronas paganas, monoandras de derecho y políviras de hecho.

Los circos. Los baños públicos. Las orgías romanas

Las cortesanas romanas buscaban y recibían a sus clientes en cualquier parte, no tan sólo en su domicilio, sino también en los pórticos de los templos, en los jardines, en el circo, en los alrededores de los cuarteles, en las orillas del Tíber. Las pensionistas de los lupanares nunca estuvieron desocupadas. Otras categorías de cortesanas o de libertinas se comprometían como "artistas" en los almuerzos privados o en los banquetes oficiales. Las matronas y las jóvenes romanas no quedaban, por su parte, atrás. Julia, la amiga o concubina incestuosa de su padre, el emperador Augusto, tenía la costumbre de cambiar de favorito cada noche. Se entregaba al amante en la esquina de una callejuela desierta, al lado de la estatua del sátiro Marsias, cuyo zócalo le servía de lecho provisional. Si el lugar estaba ocupado, encontraba rápidamente otro rincón oscuro, porque los templos destinados a Priapo y a otras divinidades del amor eran numerosos.

Los baños públicos eran preferidos por los libertinos. En la época republicana, las mujeres se bañaban por separado; en la época imperial, los baños se realizaban en común. Si el

patricio o el plebeyo libre traía consigo a la pequeña esclava, la matrona o la joven venía con su *spadoni*, un eunuco semicastrado. Los baños públicos disponían de personal para todos los servicios imaginables. Al lado del *sudatorium* y de las cubetas había comedores y “camas para descansar”. Los masajistas y las masajistas sabían servirse de sus manos para llevar a cabo esas caricias especiales de las cuales nos habla Juvenal. En Roma había ochocientos baños públicos, donde cualquiera podía sustraerse a la vigilancia de la familia “austera”. Esos baños fueron propicios para el refinado abuso del amor lesbiano. Los satíricos decían que “Thais es pura, menos su boca”... En las cercanías de los circos había celdas especiales para las matronas que esperaban a sus amantes. Tertuliano llamaba a los circos “consistorios de la desvergüenza pública”. Los ediles no estaban en condiciones de frenar la inmoralidad colectiva. Si alguien quería quejarse contra los licenciosos, encontraba frecuentemente a los ediles en su sociedad. Igual que los bulevares modernos, la *via romana* estaba invadida por el ejército activo de la prostitución y del libertinaje. Las cortesanas elegantes se paseaban en literas o en carros de dos ruedas; las pobres esperaban en inmundas tabernas. Las matronas de túnicas largas, adornadas y graves, no eran molestadas por la calle; pero cuando su vestimenta era algo fantasiosa, cualquiera podía iniciar con ellas una conversación. Los transeúntes sabían solicitar los codiciados favores; pero los embrutecidos acechaban en lugares ocultos la primera víctima, sobre la cual se abalanzaban.

Los gladiadores, favoritos de las matronas, se entregaban en público, igual que los spadones “alquilados”, a las más groseras orgías. En la *via Sacra* o *via Apia* no había más que adultos; en los bosquecillos elíseos o en los baños públicos se encontraban también niños de ambos sexos, entendidos en todos los refinamientos sexuales. Al templo *Venus Adversa* llegaban los aficionados de placeres antinaturales. La lujuria romana había llegado a ser tan excesiva, que se desistía de toda retórica amoratoria. La mujer enseñaba la palma de la mano, mientras que el hombre levantaba el índice; así, el acuerdo estaba sellado,

y el acto se realizaba silenciosamente, de una manera animal. Las matronas sabían evitar las enfermedades venéreas y muy raras veces ofrecían hijos no legítimos a sus maridos. Para sus placeres solitarios se servían de *fascinum*, un phalus artificial. Los libertinos, para excitar su vigor, se servían de un aparato más pequeño, *fascina*, lubricado con una substancia irritante, jugo de ortigas, por ejemplo. Lúculo falleció a raíz de estos abusos afrodisíacos.

Petronio describió en forma detallada los festines romanos (*commissationes*), donde hombres y mujeres de todas las clases sociales apuraban la copa de la voluptuosidad. La palabra de orden era: "¡Aprovechemos la vida por ser tan corta!" El lujo de estos festines permaneció proverbial. Grandes mesas, con vasos de oro, floridas y perfumadas. Los manjares y los vinos se sucedían incesantemente. Los candelabros en forma de penes alumbraban la alegría de los romanos, quienes tenían el hábito de comer acostados, en sillones, en lechos de marfil, sobre muelles almohadas. En cada cama había una pareja; frecuentemente, el adolescente se encontraba en los brazos del patricio, y la "chica" al pecho de la matrona. Se ejecutaba música lasciva, danzas asiáticas o egipcias; los perfumes de Arabia impregnaban el ambiente, mientras las escenas atribuidas a los sátiros y ninfas eran imitadas por los "histriones". Había allí una atmósfera que preparaba la promiscuidad general: las hijas eran poseídas ante los ojos de la madre que, a su vez, se dejaba acariciar por el amante a la vista de su esposo, abrazado a otra mujer apasionada... Si los comensales comían demasiado, se iban al *vomitorium*, para volver después a ocupar su lugar en el banquete. Los eructos bucales y anales de los invitados constituían los obligatorios sacrificios al dios Crepita, quien presidía las orgías. Las vestimentas especiales para estas ocasiones tenían muchas aberturas para las diestras manos de las "palpadoras" o masajistas. Los comensales acostumbraban a coronarse con rosas cuyo aroma, sin embargo, no neutralizaba el aire pestilente de los banquetes. La inmunidad física y moral de esos festines no se diferenciaba entre los ricos y pobres: la diferencia radicaba en el lujo que ocultaba la misma glotonería y lujuria.

Horacio, Cátulo, Propercio, Ovidio, Marcial, Petronio

En la época imperial no había demasiadas “celebridades” porque todos rivalizaban en la sensualidad. Investiguemos algo las costumbres de los grandes poetas romanos. Horacio, el poeta de la *aurea mediocritas*, prefería a las ramera, ya que ellas no lo hacían esperar. Neera fue su primera amiga; la patricia Catia fue su amante, que también cometió adulterio con el sacerdote de un templo. Cimara, igual que Glicera, lo amó desinteresadamente. Pero su gran amor lo conservó para el hermoso Ligurio, que no lo abandonó hasta la muerte.

Cátulo murió por el abuso de los placeres. Tuvo como amiga primero a Lesbia, después a Ipsitile. No era feliz en sus elecciones. Una lo dejaba abandonado en la puerta, mientras se entregaba al “amante de corazón” en un lupanar; otra, Amfilena, pedía el dinero por adelantado y después se reía de él. Regresando a Lesbia, Cátulo no encontró en ella a la arrogante cortesana, sino a una decaída que se prostituía de un modo bucal y anal, contra las paredes, con esclavos famélicos. Se cree que Lesbia era hermana del demagogo Clodius, enemigo de Cicerón, asesinado por el senado romano mediante Milone. En lo que concierne a los epigramas en pro o en contra que escribió Cátulo, ellos evidencian las pasiones de un amante ora satisfecho ora desengañado.

Las amantes romanas eran tan crueles como las coquetas de nuestros días. Los caprichos y sufrimientos soportados por el poeta elegíaco Propercio, de parte de la cortesana Hostia, son legendarios. Ella murió envenenada por una rival; Propercio la siguió en el mismo sepulcro. Tibulio fue el poeta del amor. Amigo de Virgilio, Horacio y Ovidio, no tuvo, empero, suerte en el amor. Una enfermedad venérea lo hizo impotente. Cantó a Delia, Neera y Némesis, las que fueron crueles para él. Las amantes lo abandonaban rápidamente. Suspicia fue más afectuosa; pero Glicera la alejó de él, porque ella quería ser celebrada en versos por parte de Tibulio.

Ovidio, el autor de *Arte de amar*, de *Las Metamorfosis*, de tantas tristes elegías, celebró a Corina, un ser inexistente. Des-

cribió su vida y sus aventuras imaginarias. Corina, la esposa de un celoso rufián, llegó a venderse en los lupanares. Ovidio la conquistó con dificultad, en versos llenos de ternura. En su vida real no fue más feliz. Se casó tres veces. Amó a Julia, hija del emperador Augusto. En un encuentro, la sorprendió en los brazos de una patricia. Se cree que ésta fue la causa por la que Ovidio fue exilado a Tomis, cerca del Ponto Euxino, pese a que se encontraba entonces en plena gloria y poder. Otros creen que fue perseguido por motivos políticos; que habría estado implicado en una conjuración que tenía por objeto colocar a Agripa en lugar de Tiberio, como heredero de Augusto. Tiberio no llamó a Ovidio del exilio, mientras que a Julia, que fue su esposa, la obligó a morir de hambre.

Marcial escribió *Epigramas* que evidencian la inmoralidad de los contemporáneos, pero también su propio libertinaje. Cuando la esposa lo sorprendió en los brazos de su favorito, contestó que también Júpiter fue criticado por Juno, por idéntica causa. Fustigó la duplicidad de las matronas, que querían ser recompensadas también con dinero. De Thais decía que exhalaba mal olor antes y después de perfumarse. Acusó a Filenis por “devorar” diariamente doce niñas y algunos jovencitos. Gala le reclamó 20,000 sestericios; Marcial regateó tanto que al fin ella se ofreció gratuitamente. Pero él la rechazó: “Es tarde y me espera un hermoso muchacho...” A Ligela, que se depilaba un pubis encanecido, le dijo que si tuviera un poco de vergüenza no arrancaría “la melena de un león muerto”. Marcial también cita el caso clásico de los soldados frigios, quienes se masturbaban detrás de la puerta de la pieza de su general, al escuchar a Andrómaca gimiendo por los placeres en los brazos de Héctor. Con semejantes epigramas y anécdotas educaba a su esposa.

En fin, Petronio, poeta de talento, rico, hermoso, generoso, elegante, cambiaba de meretrices cada día. En *Satiricón* describió todos los vicios y todas las formas de corrupción de la época neroniana. Puso en evidencia las crueldades del tráfico sexual, las apasionadas perversiones, las monstruosidades que se ocultaban bajo las prácticas religiosas, describiendo en forma detallada las posiciones voluptuosas que ensayaba él mismo, el “árbitro de

la elegancia". El *Satiricón* ha sido el breviario pornográfico de los romanos. Impulsado por el celo, Tigelino, el prefecto de Roma, indujo a Nerón a creer que Petronio conspiraba contra él. El emperador ordenó a Petronio que se suicidara. Éste invitó a sus amigos y a sus meretrices a un suntuoso banquete. En medio de la orgía elegante, se declamaron versos. Petronio abrió y cerró algunas veces sus venas. Pidió que se le trajera un vaso precioso codiciado por Nerón. Lo hizo añicos, muriendo después. Su máxima favorita era: "Los baños, el amor y el vino matan; pero los baños, el amor y el vino hacen vivir." Petronio supo "vivir"...

Mesalina

La esposa del emperador Claudio y madre de Britannicus, Mesalina, era excesivamente lujuriosa. Nadie y nada podía calmar sus deseos; ni el lesbianismo, ni los "phalus" artificiales y tampoco el emparejamiento con animales. Su temperamento merece más bien compasión que condenación de parte de los hombres normales. Es evidente que el emperador Claudio, constantemente ocupado de los "negocios" estatales, no podía ocuparse también de Mesalina. Aprovechando del profundo sueño de su esposo (sueño provocado por un alimento salpicado con opio o láudano), Mesalina se disfrazaba y, abandonando el palacio imperial, se iba a cierto lupanar donde tenía su cuarto. Estaba "de servicio" con el nombre de Lysisca. Recibía a cualquiera: patricio o plebeyo, poeta o gladiador, libertinos de baja ralea o caballerizo. Al amanecer, acompañada de su esclava confidente, Mesalina-Lysisca regresaba al palacio. Podíamos suponer que, después de veinte o treinta amantes que la visitaron durante la noche, ella hubiera deseado descansar. Se dice, sin embargo, que así extenuada como se encontraba, sin poder sostenerse en pie, aún tenía sed de lujuria. Despertaba entonces a Claudio de su profundo sueño. El hijo que Mesalina le dio pasaba como del emperador, aunque el verdadero padre del heredero del trono podría haber sido un cochero. Numerosos son los hechos y las anécdotas más o menos verídicas concernientes a Mesalina. A pesar de su monstruosa sexualidad, debemos reconocer que ella ha sido una de

las mejores emperatrices romanas: no era tiránica ni se mezclaba en absoluto en los asuntos públicos.

Pasifae, Safo, Mesalina, batieron el "record" oficial del libertinaje entre las mujeres de la antigüedad. Había, seguramente, también otras, quizá más apasionadas, pero que supieron conservar el secreto de sus pasiones.

Julio César. Octavio Augusto

El emperador Julio César era un estratego de gran valor, incomparable orador, escritor de primera fila. Infatigable trabajador, caminaba y cabalgaba descubierto bajo los rayos solares o mientras llovía, pero tenía vicios tan grandes como grandes eran sus cualidades. De Salomón, el rey sabio, se dice que tenía setecientas esposas y trescientas concubinas. De Julio César decían sus amigos y soldados que "era el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos". Antes de ser dictador, se enamoró de Nicomedio, rey de Bitinia. En algunos actos públicos César era llamado "la reina de Bitinia". El autor de los *Comentarios* no desmintió eso, cuando fue atacado por los partidarios de Pompeyo. Entre los numerosos jóvenes que amó, estaba también Claudio, su heredero al trono. A las mujeres amaba sin distinción de clases; la madre y la hija se encontraban en su lecho. César amó a Servilia, la madre de Bruto, uno de sus asesinos. Servilia introdujo al emperador a su hija, Tertia. Amante de la esposa de Pompeyo, entregó a éste su propia hija. También ha sido amante de Eunoya, reina mora, y de la célebre Cleopatra, con quien pasó muchas noches sin descuidar su actividad pública. De acuerdo con algunas canciones militares, en Galia el libertino calvo compró muchas mujeres con los dineros de Roma. No obstante, se ha de reconocer que César no ha sido un desenfrenado del montón. Decía Catón que "entre todos los que dirigieron Roma, solamente César no estaba ebrio". De los antiguos fugitivos que fundaron Roma, heredó un carácter y una fuerza de resistencia sorprendentes.

Octavio Augusto fue adoptado por Julio César "al precio de su juventud". En España se prostituyó a Aulus Hortius por 300,000

sestercios. La emperatriz Livia, que fue quitada a Tiberio, le ayudaba a procurarse el mayor número de mujeres. Tuvo relaciones incestuosas con su propia hija, Julia; pero, igual que en el caso de las hijas de Lot, nos podemos preguntar quién ha sido el seductor: ¿el padre o la hija? Él mismo expuso ante el senado romano la conducta de las “dos Julias”, porque tenía una nieta con el mismo nombre. Exiló a su hija; pidió que fuera bien informado acerca de cualquier hombre que se le aproximara. Exiló también a la otra Julia, quien poco tiempo después de ser alejada dio a luz; el emperador se negó a reconocer a este niño y prohibió que se le alimentara. Los amigos de Octavio excusaban sus amores incestuosos y adulterinos por motivos políticos. El pueblo tampoco le reprochaba esa conducta. Se le llamaba el “padre de la patria”. El imperio romano se encontraba entonces en su apogeo; se restablecieron las distribuciones mensuales de trigo. Los quirites admitían que, en el auge de un banquete, Augusto pasara a una sala contigua seguido de la esposa de un embajador, para volver después con ella “con las orejas coloradas y el cabello desgreñado”. La mujer era, sin embargo, muy orgullosa: no la coronaba un hombre, “sino Roma”. ¡Qué les importaba a los ciudadanos de Roma la compra de mujeres casadas y de muchachas núbiles para el emperador! La prosperidad “reinaba en todos los contornos del imperio”, a pesar del peligro de los germanos y de las derrotas de Varus. Los banquetes de Augusto parecen haber superado a los de Sardanápalo; los comensales de ambos sexos, disfrazados de dioses, reproducían “de un modo natural” las escenas más escabrosas de la mitología pagana. En estos festines “de las doce divinidades”, el emperador presidía vestido de Apolo, el padre de las Musas.

Tiberio

El sucesor de Augusto, Tiberio, condenaba a la pena capital al hombre o mujer que no cedía a sus deseos lúbricos. Suetonio describió su vida en la *Historia de los doce Césares*. Desde su juventud tenía pasión por el vino. Por eso, en vez de llamársele Tiberio se le decía Biberio. Mientras trabajaba en la reforma de

las costumbres, vaciaba la copa acompañado de Pomponius Flac-
cus, gobernador de Siria, y de Lucius Pisón, prefecto de Roma,
quienes eran sus amigos de todas las horas. Denunció en el
Senado la escandalosa conducta de Sextius Galus, lo que no le
impedía comer en la misma mesa con este libertino; el festín
estaba servido por muchachas desnudas. Elegía a los más viciosos
como compañeros de orgía o como altos funcionarios. La nueva
magistratura establecida por él podría ser llamada "la intenden-
cia de las voluptuosidades". En su refugio de la isla de Capri,
el desenfreno de Tiberio adquiría todas las formas. Jovencitos
y muchachas, en triples círculos, inventando los más monstruosos
placeres, se prostituían ante el anciano emperador, quien ya
había llegado a ser impotente. Sus habitaciones estaban repletas
de imágenes lascivas; los libros de Elefantis, manuales de volup-
tuosidad, eran constantemente consultados. Los bosques y las
grutas de la isla hospedaban parejas de jóvenes que imitaban a
las ninfas y a los silvanos. Tiberio llevó a cabo aberraciones
increíbles. Se dice que acostumbraba a que niños rollizos juga-
ran entre sus piernas. Un ciudadano le propuso elegir entre un
presente de un millón de sestercios y un cuadro donde Atalanta
era presentada conjuntamente con Meleagro en la misma postura
que los niños rollizos. Tiberio eligió el cuadro, que colocó en el
lugar sagrado del palacio. Durante los sacrificios, en el templo,
apenas tenía paciencia para esperar hasta el fin y abusar de los
jóvenes oficiantes. Jugaba con la vida de las más ilustres muje-
res. Malonia prefirió suicidarse antes de entregarse a "ese viejo
sucio y repugnante", tal como expresó ella ante los que la escu-
charon. En una pintura, Tiberio representaba un macho cabrío
lamiendo a una cabra: todo el mundo lo reconoció. La lista de
sus crueldades es interminable. La pena de muerte era demasiado
leve. Cuando algunos de los que se encontraban en la prisión
intentaron suicidarse, para escapar a las torturas, eran salvados
para ser nuevamente encerrados. Tampoco las muchachas y los
niños eran tratados con miramientos. Muchos de los inocentes
fueron arrojados al Tíber. Grande fue la alegría de los romanos
cuando murió el emperador. El pueblo, que imitaba sus desen-
frenos, no podía, empero, soportar sus crueldades. Pidió que se

arrojaran al Tíber las cenizas de un emperador que no merecía un lugar ni siquiera en el mundo de las sombras.

Calígula y Claudio. El lupanar imperial

Tiberio fue superado por su sucesor, Calígula, quien abrazaba en público al pantomimo Marco L. Mnester, abusando también de los jóvenes de las familias consulares. No respetaba ni a las patricias más distinguidas, a las cuales, en los banquetes, les pasaba revista, examinándolas como si fuera un tratante de esclavas. A algunas de ellas las repudió en nombre de los esposos ausentes, y ciertos de estos últimos adulaban las preferencias del emperador sacando beneficios y honores. Los incestos de Calígula con sus hermanas eran públicos; después las prostituyó con sus favoritos y, cuando se cansó de ellas, las exiló en una isla, advirtiéndoles que también tenía espadas para ellas. A cierta Cesonia, desvergonzadamente lujuriosa, la señaló a sus soldados desde su cabalgadura, estando ella a su lado; pero a sus amigos la exhibía desnuda.

En el palacio de los Césares instaló uno de los más surtidos lupanares de Roma. Mujeres libres y jóvenes distinguidos esperaban en pequeños cuartos elegantes a los clientes, invitados en las plazas públicas y en las puertas de los palacios, por los "esclavos nomenclatores". Las finanzas del emperador fueron tan agotadas, que las prostitutas estaban anotadas y tasadas con el precio por el cual se vendían. La "libreta" de hoy tiene, pues, remotos orígenes...

Calígula no admitía rivales y echaba a todos los demás desenfrenados. Solamente él podía estar por encima de la ley. Era tan feroz, que es increíble que el pueblo se haya dejado gobernar por este monstruo. Puesto que la carne era cara, las fieras del circo eran alimentadas con criminales arrestados y arrojados vivos en las garras de aquéllas. Más aún: Calígula obligaba a los padres a hacer acto de presencia ante el suplicio de sus hijos, aumentando su dolor con palabras odiosas. Sus verdugos estaban adiestrados para torturar en forma refinada: "Haced que ellos se sientan morir." Y les decía todavía: "Que me odien, pero que

me tengan miedo.” En una representación teatral se enfureció porque el pueblo era de distinto parecer, y gritó: “¡Que el cielo permita que el pueblo romano tenga una sola cabeza!” Sin embargo, Calígula se lamentaba porque su dominación sería olvidada, por haber sido demasiado feliz, y deseaba derrotas, epidemias, hambre y terremotos. En los festines, su ferocidad era la misma, y cuando abrazaba a una mujer decía: “Esta hermosa cabeza caerá cuando yo quiera”... Intentó destruir todas las obras de Homero y retirar de todas las bibliotecas los escritos de Virgilio y de Tito Livio.

Calígula fue asesinado. Al mismo tiempo pereció también Cesonia, mientras que su hija fue aplastada contra los muros. Claudio, el sucesor de Calígula, llevó el amor al exceso, prefiriendo las mujeres. Se casó con Mesalina, pero más tarde tramó un complot contra ella, queriendo matarla porque lo abandonó por un tal Caius Siliaus, varón dotado de sobresalientes cualidades.

Nerón y Sporus. ¿Leyenda o historia?

Con todo su siniestro renombre, Nerón no era inferior ni superior a los demás Césares de su familia. Mantuvo relaciones incestuosas con su propia madre, Agripina, a la que mató después. Era cliente de los lupanares y tabernas ordinarias. Como emperador, violó a la vestal Rubria y castró al joven Sporus, casándose con él solemnemente. Vestido de emperatriz, Sporus lo acompañaba en la litera a las reuniones de Roma y en las ciudades griegas. Cubierto con una piel de fiera, Nerón arremetía contra los hombres y mujeres amarrados al poste y, después de satisfacer sus deseos, se dejaba él mismo ser “víctima” de un esclavo liberado, Doriforio, con quien se casó igual que con Sporus, imitando los gritos de dolor de una virgen violada. Tampoco le faltaban mujeres y jóvenes de las familias más nobles; ellas solían concurrir en gran número al golfo de Baies, haciendo fila.

La crueldad de Nerón era proverbial. De un puntapié mató a su esposa, Popea, que estaba grávida y enferma. Condenó a muerte a Antonia, hija de Claudio, por haberse negado a ocupar el lugar de Popea. Desfloró y torturó a Aulus Plautius bajo el

pretexto de que Agripina, su madre, lo amaba. Fue él quien tramó el envenenamiento de su hermano Britanicus, y tampoco ha sido extraño al envenenamiento de su predecesor, Claudio. La célebre Locusta experimentaba en animales y esclavos sus venenos. Hasta al mismo Séneca lo obligó a suicidarse.

Los romanos soportaron a Nerón durante 14 años. No obstante, este hombre que incendió Roma, tuvo admiradores después de su muerte. Ciudadanos romanos adornaban su sepulcro con flores... Se planteó el problema de si Nerón, que ensayó casi todas las artes (su poesía no era despreciable), fue en realidad un monstruo, tal como nos lo muestra la tradición, o si su memoria fue manchada por los patriotas romanos, quienes no podían perdonar su preferencia por la cultura helénica; los cristianos tampoco lo podían perdonar por haber desatado las primeras persecuciones contra ellos. Algunos estudios recientes tienden a demostrar que Nerón quiso aliviar al pueblo de impuestos, que defendió a los griegos y a los esclavos liberados, y que sometió las finanzas del Estado al contralor público. Un crítico como G. Brandes escribió que ningún hombre juicioso podrá creer que Nerón prendió fuego a Roma.

En lo que concierne a las feroces persecuciones contra los cristianos, debemos subrayar que no son mencionadas en ningún escrito cristiano anterior a la aparición de los Anales de Tácito. El libro *Hechos de los apóstoles* no hace mención de las persecuciones neronianas. Recién en la crónica de Sulpicio Severo, del siglo v, hay una alusión a la masacre de los cristianos. Parece exagerado afirmar que bajo la dominación de Nerón se desarrolló una lucha entre el cristianismo y el paganismo. Es posible que el doctor W. Schur tenga razón al presentar a Nerón como un Pedro el Grande romano, obsesionado por la idea de infundir sangre nueva al imperio, empujándolo hacia el Oriente, de la misma manera que Pedro el Grande empujó a Rusia hacia el Occidente.

Un dramaturgo inglés procuró ver en Nerón una especie de Oscar Wilde en púrpura imperial. Wilde no tuvo la audacia de Nerón, mientras que éste no tuvo el genio del literato inglés. Nerón, investido de todo el poder, vivió su vida como un dios. Ambos artistas cayeron víctimas del odio que el vulgo tiene frente

a cualquier cultura superior. El autor de esta pieza moderna (1924) pone en la boca de Sporus, el favorito de Nerón, estas palabras: "Habéis matado a Nerón porque él entendía la Belleza. Sois unos brutos... Pero yo viviré con Nerón mientras haya personas que adoren a la Hélade..."

El apogeo de la pederastia

Emilio Gante dio una explicación al hecho de que los emperadores romanos y su comitiva prefirieran la "desviación amorosa" al amor natural, pese a que no todos eran homosexuales natos. Según este autor, los amos del mundo antiguo consideraban que las relaciones sexuales con las mujeres eran demasiado fáciles y vulgares. Necesitaban varones, para humillarlos. Debido al mismo sentimiento, en las "casas pudientes" se prefiere el cocinero, el lacayo, el ecónomo, el mayordomo, mientras que las mujeres prefieren valerse de sastres, masajistas, secretarios masculinos, aun cuando el servicio de todos ellos podría ser realizado eficientemente por mujeres. Es un placer "reflejo". La dominación es más evidente cuando se manda a los hombres, cuando la población viril es mantenida bajo yugo. Parece que los emperadores romanos, al cambiar el orden natural del "amor", quisieron demostrar que tenían un poder ilimitado, rebajando y despreciando a sus súbditos. No se debe olvidar que, hasta una fecha relativamente reciente, los indígenas de Oceanía creían que es "un gran honor" prostituirse con un blanco.

Galba, Otón, Tito, Domiciano, etc.

La pederastia constituía el vicio "oficial" de Galba; éste prefería la madurez robusta a la delicada juventud. Otón, ex favorito de Nerón, quería ser considerado como mujer. Vitelio llegó a ser emperador después de haber sido objeto o comparsa de los placeres de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Para consolarse por la indiferencia que le demostraba Asiaticus, un gladiador que fue su amante preferido, Vitelio ofrecía suntuosos banquetes. Pero el más famoso fue el banquete que dio su hermano:

se sirvieron entonces dos mil pescados seleccionados y siete mil aves. La crueldad de Vitelio no era inferior a su glotonería. "Un enemigo muerto huele siempre bien, especialmente cuando aquél es un conciudadano", decía él.

Vespasiano, avaro apasionado, se casó oficialmente con Flavia Domitila, una célebre cortesana. Merced al dinero, la guardia pretoriana lo nombró emperador. Su hijo, Tito, le siguió en el trono, después de haberse creado una reputación de noctámbulo desenfrenado y cruel, en compañía de eunucos e invertidos. La pasión por Berenicia, una princesa judía, lo indujo a repudiar a su esposa; pero la alejó después, también a ella, para hacer el gusto de los romanos. Se le dio el nombre de "Delicia del género humano", pareciendo haber cambiado mucho cuando llegó a ser emperador.

Al principio, el emperador Domiciano tenía horror de la sangre humana, lo que no le impedía encerrarse en su habitación una hora diaria para cazar moscas con el aguijón, enhebrándolas después como una hilera de perlas. Su clemencia se torna rápidamente en crueldad. De su esposa, Domicia, decía que encarna las cualidades de todas las ramera de Roma. A muchos senadores los condenó a la pena de muerte por los pretextos más fútiles, hasta por su silencio. Sus crueldades eran refinadas. Después de haber colmado a un actor con obsequios, lo crucificó al día siguiente; cualquier condena de muerte era precedida de palabras suaves. Ofrecía magníficos espectáculos en los anfiteatros y circos: luchas militares, carreras de carros, luchas de fieras y gladiadores; en la arena, mujeres desnudas luchaban con hombres; vírgenes admirables eran obligadas a correr... Cuando le faltaba dinero, despojaba a los vivos y a los muertos; bastaba una sola denuncia para confiscar las herencias y los bienes. A los judíos había aplicado los más onerosos impuestos. Y en lo que concierne a los placeres del amor, él los llamaba simples "ejercicios de cama"...

Este emperador, flagelo de los cristianos, pereció asesinado. No obstante, era él quien suministraba justicia en forma cuidadosa, perseguía a los jueces corrompidos, reparaba las injusticias cometidas por los centunviro. Este desenfrenado desempeño

bien el papel de reformador de costumbres. ¡Guay de aquellos que cometían adulterio, y de las vestales que intentaban escurrirse entre los rigores de la ley! Dos leyes, dos medidas...

Adrián y Antinous. Cómodo

Adrián, el emperador pacífico, artista y arquitecto, reorganizador de la administración, jurisconsulto y hasta mago, es célebre también por su pasión por el hermoso Antinous, un esclavo bitinio, cuya muerte accidental dejó inconsolable a su amo y amante imperial. Adrián le erigió templos en todo el imperio, y reprodujo su figura en numerosas estatuas y monedas. Lo colocó entre los astros, otorgando a este esclavo los atributos de una divinidad, al lado de Apolo y Baco. Parece que Adrián, que no ignoraba las magias egipcias y la cultura griega, habría sacrificado a Antinous para colocarlo de esta manera al mismo nivel de los Césares y dioses.

Cómodo, desvergonzado, libidinoso, feroz, era hijo del emperador filósofo Marco Aurelio, autor de los célebres pensamientos. Pero el vulgo lo creía hijo de un gladiador y de la emperatriz Faustina, una rival de Mesalina. Hermoso en su juventud (pese a que practicaba la prostitución bucal con cualquiera, aun desde su infancia), llegó a ser un monstruo horrible, deformado por todas las enfermedades llamadas "vergonzosas". Convirtió el palacio imperial en un lupanar y una taberna donde cualquiera podía entrar. Abrazaba en público a su favorito Anthorius. Después del asesinato de éste, eligió 300 hermosas mujeres y 300 hombres robustos, los cuales lo rodeaban incesantemente; convivía con cada uno de ellos, y cuando se sentía agotado los reunía para que consumaran las más monstruosas obscenidades. Por incestuoso, no respetó ni los parientes ni los aliados. Todo el mundo tenía que someterse a sus caprichos y quien no tomaba en serio sus "hazañas" era arrojado a las fieras del circo.

Disfrazado de mujer, Cómodo asistía diariamente a festines, donde ofrecía los manjares más selectos, pero mezclados con sangre menstrual y excrementos humanos. Se deleitaba observando las muecas de asco de los invitados. Quien osaba protestar era

arrojado en el lago imperial. Hábil manejador del arco y gladiador, Cómodo bajó 700 veces a la arena para luchar con las fieras y con los hombres... feroces. Una vez derribó con la maza a todos los lisiados de Roma, imitando a Hércules, bajo cuya figura quería ser adorado. Sus crueldades eran anotadas cada día en los "Actos públicos de Roma", mientras que los gladiadores y las ramera glorificaban alegremente sus desvergüenzas y horrores. Finalmente, los conjurados lo envenenaron. El Senado (denominado por él "Commodianus"), anunció su muerte de esta manera: "Más cruel que Domiciano, más impuro que Nerón, más repudiable que todos los dictadores que siguieron a César, es acreedor a que su cuerpo sea arrojado en el *spoliarium*." Así se hizo.

Heliogábalo. El mitracismo en el trono

Durante tres años, Heliogábalo dominó a Roma. Descendiente de una familia siria consagrada al culto del sol, era hijo de una cortesana enriquecida, Saemias, protegida de Caracalla, emperador romano que no fue inferior a los demás. A los 14 años, Heliogábalo, gran sacerdote del sol, fue proclamado emperador por la legión de Emes; su madre era bastante rica para comprarle también un trono. Llegó a Roma desde Fenicia, acicalado con vestido de cola, según la moda oriental. Sus desenfrenos sobrepasaron con mucho a los de Nerón, Calígula, Tiberio, Cómodo... Para él un hombre tenía méritos solamente cuando estaba en condiciones de satisfacer las pasiones del mayor número posible de seres de ambos sexos. Su única preocupación consistía, al parecer, en enviar emisarios encargados de buscar hombres vigorosos para sus gustos depravados. Este tirano desempeñaba el papel de una "diosa" amada, la que, al mismo tiempo, sufría de horribles celos. A los hombres que deseaba, los acariciaba en público, como al gladiador Hierocles, después al carrero Xerocles o al cocinero hercúleo Zoticus, soportando escenas de sangrantes celos, que relataba a los viejos senadores.

Heliogábalo reunía en su derredor a las prostitutas matriculadas, a todos los afeminados, a los hombres vigorosos, a quienes daba joyas y dinero, pronunciándoles discursos acerca de los de-

beres de su profesión, iniciándolos en todos los secretos del "arte". Inventó un sinnúmero de actos desvergonzados. Se presentaba desnudo en la puerta del lupanar oficial instalado en el palacio imperial, recibiendo él mismo los "obsequios" de las mujeres y hombres que entraban. Glorioso cajero de lupanar, Heliogábalo personificaba, sin embargo, la suprema autoridad del Estado y, encarnando a los dioses inmortales, simbolizando la patria, ¡impartía justicia! Este adolescente de 17 años deshonoraba a los hombres más austeros y a las patricias más venerables. Contrataba innumerables casamientos con jóvenes romanas de la nobleza, y aun con vestales, con varones abyectos, teniendo el placer de repudiarlos después. Era algunas veces esposo, otras veces "matrona" o bien "emperatriz", mientras que en los festines casaba a los comensales de acuerdo con sus caprichos. De las orgías de Heliogábalo, los invitados salían quebrantados por el cansancio, pero con las manos llenas de obsequios, porque el tesoro del imperio, los tributos de las provincias, servían para el enriquecimiento de las cortesanas y de los amigos de este fantástico licencioso, que fue asesinado finalmente, igual que tantos otros de sus "colegas". Su cuerpo fue arrojado al Tíber.

Este retrato esbozado por los historiadores ¿es exacto? Los romanos no pudieron soportar la pompa oriental de este emperador con brazaletes, collares, anillos y tiaras, quien obligó a los senadores a adorar la "piedra negra" y al pueblo a divinizarlo. En Cartago, donde elevó una estatua a la luna, Heliogábalo celebró con gran pompa su boda con la "piedra negra" que representaba el sol. Es cierto que los pontífices de los dioses romanos se oponían con odio al nuevo culto; temían la competencia de las supersticiones sirias. Los cristianos, por otra parte, sabían que los mitriacas, los adoradores del sol, tenían ritos casi similares a los de ellos: el bautismo, la unión con miel, la comunión con pan, agua y vino. El mitracismo opuso una viva resistencia al cristianismo primitivo, procurando ocupar su lugar como religión universal. Pero la lujuria latino-oriental, que encontró una expresión culminante en Heliogábalo, no podía vencer el austero heroísmo de los primeros cristianos, pregoneros de una era nueva.